

la juventud de la Duquesa, que al retirarse á Marbourg tenia no mas que veinte y dos años de edad. No por lo injuriosas y pérdidas dejaron de parecer serias al protector de Isabel, Rodolfo de Varila, y tanto que se determinó á tomar la mano en el negocio. El leal y prudente caballero se presentó en Marbourg; y puesto en presencia de la Santa, acercándose á ella con gran reverencia, le dijo: «Permitidme, señora, que os hable sin rodeos y salvando vuestro respeto.» Isabel respondió humilde que era dueño de explicarse con libertad. «Entonces, pues, dijo Rodolfo, os suplico, amada señora, que mireis por vuestra honra y buena fama, por cuanto vuestra familiaridad con maese Conrado ha hecho nacer entre el estúpido vulgo opiniones perversas y dichos inconvenientes á vuestro honor.» Isabel, puestos los ojos en el cielo, pero sin turbarse lo mas mínimo, respondió: «Sea en todas cosas bendito nuestro dulce y santísimo Jesús mi único amigo que se digna aceptar de mis manos esta mezquina ofrenda que le hago: por amor á él, y por hacerme su sierva, he renegado de la nobleza de mi cuna, abandonado mis riquezas y posesiones, y mar-

«chitado mi juventud y hermosura; por él renuncié mi padre, mi país, mis hijos y todos los consuelos de la vida; por él me hice mendiga. Un pequeño bien me reservé, que era mi honor y reputacion de mujer. Por lo que veo, tambien este quiere que se le ofrezca; y yo lo hago de muy buen grado, puesto que se digna aceptar, á manera de especial sacrificio, el de mi buena fama y el hacerme grata á sus ojos por la ignominia. ¡Consiento en no vivir ya sino como una mujer sin honra! Pero ¡oh amado Salvador mio, á mis pobres é inocentes hijos preservadlos, Señor, de la vergüenza que por causa mia pudiera caer sobre ellos!»

Queriendo, sin embargo, tranquilizar al afecto y antiguo amigo, añadió: «En obse-

¹ Suspiciens in coelum devote cum serenitate respondit: «Benedictus per omnia Dominus Deus noster Iesus Christus, qui hoc munusculum à mercede dignatus est. Ego nobilitatem generis mei abnegans pro amore eius, ancillam me sibi tribui; mundi divitias contemnens pauperulam me feci. Juvenile decus parvipendens deformavi, solum hoc muliebris honestatis ornamentum servare contendere. Verum hoc in sacrificio suo, ut audio, à me dignatus est acceptare tanquam aliquid speciale volens me sibi placitum per infamiam et bonam famam. (Theod.).»

«quio vuestro, señor Coperó, y para que la «mas ligera sospecha no abrigueis acerca «de mí, os voy á enseñar mis espaldas; ve- «réis cuál están de acardenaladas y moli- «das.» Y poniendo á la vista del caballero las recientes señales de los golpes que recibiera, añadió: «Este es el amor que me «tiene ese santo sacerdote; ó mejor de es- «ta manera me anima á amar á Dios.» Con- junto admirable, dice su historiador, de humildad, paciencia y prudencia piadosa, que, mientras da gracias al Señor por la no merecida afrenta, sabe apartar todo escándalo del corazón del prójimo.

No limitaba Conrado el ejercicio de esta omnímoda autoridad sobre la Santa á semejantes exteriores y corporales durezas y severidades; antes su principal empeño era el de quebrantarla y mortificarla en los afectos del corazón, arrancando de él hasta las mas menudas raíces de toda afección y preocupación humana, á fin de que únicamente tuviese allí cabida por entero el solo amor y pensamiento de Dios. No quedaba á Isabel de todos los goces de la pasada opulencia sino el dulce y arraigado hábito de vivir en compañía de las amigas de su juventud, partícipes de las grandezas de

su vida de soberana, como damas suyas de honor que habian sido; que posteriormente á la expulsion de Wartbourg habian tambien comido con ella el pan de la miseria; y que ahora, por último, compañeras inseparables y leales, estaban asociadas á todas las privaciones voluntarias de su vida religiosa, á todas sus obras de piedad, á sus penitencias y prácticas devotas. Quizás sin echarlo de ver ella misma, las relaciones de íntima y afectuosa simpatía con estas fieles amigas habian contribuido á mitigar muchas amarguras, y á aligerar con frecuencia el yugo de tantas mortificaciones y pruebas; quizás aquel joven corazón, devorado siempre de amor, segun vimos, y como inundado de una caridad siempre dispuesta á rebosar y difundirse por todos los hombres, se habia entregado sin reserva á esta suave y piadosa consolación. De las relaciones dadas por estas sus compañeras acerca de Isabel ¹, se infiere

¹ Contenidas en las declaraciones que dieron como testigas ante los comisarios pontificios encargados del proceso canónico para el exámen de la santidad de Isabel. Esta es la fuente mas auténtica y fecunda á donde he acudido, á imitación de Teodorico y demás historiadores de la Santa.

que no cabe imaginar cosa mas cabal y afectuosa que la intimidad entre ellas y la Princesa. Este dulce y postrer lazo debia tambien ser roto por el inexorable Conrado, el cual recelaba que la frecuencia de estos coloquios entre las damas y su penitente concluyeran por hacer brotar en el pecho de esta última algun recuerdo ó peligroso sentimiento respecto del esplendor y fausto de su anterior vida de princesa. Ya, una tras otra, habia separado del lado de la Duquesa á todas las personas de la casa ducal que permanecieron con ella, y no pudo menos Isabel de manifestar el dolor mas vivo al verlas partir y dejar su compañía ¹. Luego llegó el turno á las dos amigas. La primera fué Isentrudis, la mas amada de Isabel y la mas enterada y al corriente de todos sus íntimos pensamientos, pues siempre la Princesa le habia comunicado los secretos de su alma, tanto mientras vivió en medio del mundo como despues de haberse retirado de él. «Hubo sin embargo, dice esta fiel amiga en sus declara-

¹ Omnem familiam pristinam in qua delectari vel solatiari consueverat paulatim ac sigillatim ab ipsa repulit, quos singulos cum dolore gemituque dimisit. (*Theod.*)

«raciones, de resignarse á quedar sin mí, «sin aquella Isentrudis á quien amaba sobre todas las demás doncellas suyas, y cuya separacion la dejó sumida en terrible «angustia y amarguísimas lágrimas¹.» Llegó tambien su vez á Guta, compañera de Isabel desde que ésta contaba no mas que cinco años de edad; que desde entonces habia estado siempre con ella; que era amada de la Princesa con la ternura mas viva, pero que fue tambien arrancada de su lado en medio de las lágrimas y sollozos de la pobre Isabel ². «En este paso, dice un piadoso historiador á quien cito con «complacencia, parecióle que el corazon «se le partia en dos pedazos; y esta dócil «sierva de Dios guardó hasta la muerte el «dolor de semejante escena. Lo cual entenderá fácilmente todo corazon sensible; «pues al fin no hay sobre la tierra dolor «mas acerbo que el arrancarse uno de otro «dos corazones que se aman. ¡Oh amada

¹ Et tandem me Ysentrudem ei praedilectam ab ipsa expulit, quae cum multo cordis gravamine et infinitis lacrymis me dimisit. (*Dict. IV Ancill.*)

² Postremo Gutam... quam specialissime dilexit... cum multis fletibus ac suspiriis derelinquit. (*Theod.*)

«santa Isabel! ¡acuérdate del dolor de esta separacion; y por la angustia que entonces sentiste en tus carísimas amigas, alcánzame la gracia de conocer cuán grave yerro cometí separándome tantas veces de mi Dios por el pecado!»

Sola ya la víctima con el Dios á quien habia sido inmolada ¹, ni siquiera le quedó el consuelo de la soledad completa. En reemplazo de las dos amadas compañeras que le habia quitado, dióle Conrado otras dos mujeres, de bien distinta índole por cierto. La una, mujer del pueblo, Isabel tambien de nombre, tipo de aspereza y grosería, y, por añadidura, de fealdad tan espantable, que con ella solian amedrentar á los niños para contenerlos en sus travessuras. Era la segunda una viuda, vieja, sorda, de genial avinagrado é intratable, que pasaba el día y la noche entregada á continuos arrebatos de su condicion irascible y regañona. Por amor de Jesucristo se conformó Isabel con este duro cambio de trato y compañía; y en medio de su docilidad perfecta, siempre desconfiada de sí misma, procuraba adelantar en el camino de la hu-

¹ Remansit autem paupercula Elisabeth sola Deo soli derelicta... (Theod.).

mildad aguantando á la grosera villana; y en el de la paciencia, ejercitándola con lo mucho que le daba que hacer la sulfúrica vieja con sus eternas inyectivas é insoponible mal humor. Ambas á dos parecian escogidas de propósito para poner á prueba á cada paso la paciencia de la Santa, ya abrumándola con malos tratamientos, ya dejándola por precision obligada á ocuparse en las tareas mas incómodas, como el fregado y barrido de la casa, en vez de oponerse á que se ejercitara en tales cosas por espíritu de penitencia; y cuando, al cuidar de la cocina, absorta en la contemplacion y olvidada de los pucheros y cacerolas, dejaba chamuscarse los guisos, aquellas mujeres la reprendian agriamente y le echaban en cara el no saber ni siquiera aderezar una sopa; ni mas ni menos que si fuera cocinera suya, ó ella en su vida aprendiera tal oficio, segun observa el biógrafo arriba citado.

Estas mismas mujeres acechaban todas las ocasiones de acusarla á Conrado de que daba limosna á los pobres, sin que las moviera á misericordia el saber cuán duros castigos le imponia su director por la transgresion del precepto de no darla, al cual

costaba tanto trabajo á la Santa el someterse. Mas ninguna de todas estas cosas era capaz de hacerla faltar ni por un instante, ni aun por un involuntario movimiento, á la inviolable sumision que tenia jurada al hombre encargado, así ella le miraba, de conducirla pronto y seguramente á la patria eterna; y su docilidad era tan escrupulosa y nímia, que, sin pedirle antes permiso, no se atrevia á ofrecer un pequeño obsequio, ni á saludar tampoco, á sus antiguas amigas y compañeras cuando venian á visitarla.

Esta alma, por un lado tan tierna y tan dura por otro contra su sensible natural, tenia aun que pasar por otra prueba; pero debia salir airosa en la lucha, y convertirla en un nuevo triunfo. Ya vimos cómo se efectuó la separacion de sus queridos hijos, hácia los que sentia un cariño cuya violencia solamente podia ser dominada por el amor divino. Mas segun se ve, esta separacion no habia sido ni completa ni absoluta; pues tal vez para acallar los gritos del corazon de aquella jóven y tiernísima madre, si es que no guardaron á su lado una de las hijas, ó tal vez al hijo, como pudiera inferirse de algunas expresiones de

sus biógrafos¹, á lo menos traíanla con frecuencia á uno ú otro de estos amados niños, á fin de que viéndolos, llenándolos de caricias, é imprimiendo repetidas veces sus labios en aquellas cándidas frentes y mejillas, pudiera desahogar su legítima y natural ternura de madre. No tardó sin embargo en conocer que en su corazon no cabian dos amores; que no le era posible dividirlo entre Dios y una criatura, fuera esta la que fuese. Vió que estas caricias y estos besos, prodigados al fruto de sus entrañas con exceso y demasia, le impedian entregarse á la oracion con la asiduidad acostumbrada; temió amar demasiado á alguna cosa que no fuera Dios; y en consecuencia, bien por instigacion de Conrado, bien de su propio movimiento, hizo que para siempre le quitasen de delante aquel postrer vestigio de felicidad mundana².

¹ Segun la declaracion de Irmengarda, era *puerum eius anni et dimidii habens*: mas habiéndole nacido el varon en 1223, éste tenia ya cuatro años cuando Isabel quedó viuda. Theod. (VII, 7) dice: *Parvulum uteri sui infantulum*, lo cual puede aplicarse á una de las hijas. Wadding que consultó otras fuentes dice, al contrario, que era el primogénito: *Filium natu maiorem*.

² *Iussit omnino elongari è se, ne nimis dilij-*

Era imposible pasaran desapercibidas tantas sobrenaturales victorias de aquella divina gracia, á quien Isabel reconocia por su única y absoluta soberana. No contentos con que en el cielo recibieran su inefable galardón, los hombres tambien se preparaban á rendir homenaje á esta Heroína de la fe y de la caridad, y recompensar á aquellos hijos abandonados por amor de Dios, haciéndoles partícipes de la veneración que un siglo fiel no podia negar á los vástagos de una Santa. Pasados eran pocos años, cuando en plena corte celebrada en Saumur por el rey de Francia Luis IX se presentó un jóven príncipe alemán de edad de diez y ocho años; el cual en compañía de los Condes de San-Pol y de Boloña servia á la mesa de la reina, de toda una reina de Francia, que en todo tiempo fue para los caballeros de la edad media el tipo de la nobleza y belleza femenina; y esta reina era entonces Blanca de Castilla. Ahora bien, es de saber que la conversacion de aquella noble compañía, y el objeto preferente de su atencion, era el ver allí al hijo de santa Isabel de Turingia, y

geret eum, et ne per eum impidiretur in servitio Dei. (*Irmengarda*),

el mirar como la reina Blanca le abrazaba repetidas veces con devocion grande, y buscaba en aquella juvenil frente las huellas de los santos ósculos que en ella imprimiera en otro tiempo la madre de aquel apuesto y afortunado jóven ¹. De esta manera la madre de un Santo rendia homenaje al hijo de una Santa; por medio de estos ósculos, tan llenos de piedad y ternura, se encuentran en la historia y la memoria de los hombres, como incesantemente se habian encontrado en la presencia de Dios, las dos almas tan fervorosas, puras y tiernas de san Luis de Francia y de santa Isabel de Hungría.

¹ Joinville.

CAPÍTULO XXVIII.

Que el Señor hizo brillar su poder y misericordia por intercesion de la amada santa Isabel; y de la maravillosa virtud de las oraciones de la Santa.

Fecit mihi magna qui potens est.
(Luc. I, 49).

Voluntatem timentium se faciet,
et deprecationem eorum exaudiet.
(Psalm. CXLIV, 19).

Acercábase para Isabel el momento de hallar en el seno de Dios la recompensa de las pruebas de su breve carrera: mas antes de llamarla á sí para darle la gloria, plugo al Omnipotente rodearla, ya en vida, de una corona de celestial majestad; de investirla á los ojos de los hombres, que la habian perseguido y calumniado, de un poder emanado del suyo; y que las manos de aquella mujer, tan heroica en el domar la carne y la naturaleza caída, recibieran la fuerza sobrenatural de vencer y extirpar en sus hermanos las miserias de toda especie que el pecado trae consigo.

Continuará, pues, como hasta aquí con-

solando á los desgraciados y ayudándoles á llevar el peso de sus desventuras; pero no será solamente compadeciéndolos, mostrándoles afectuosa simpatía, usando con ellos de generosidad inagotable, fatigándose y sacrificándose en su obsequio: sino que además de tomar parte en las miserias y endulzarlas, aquella divina caridad suya, vencedora de todas las cosas y único anhelo y aliento de su vida, recibirá con frecuencia de lo alto bastante extension, poder y fuerza para que una palabra suya, una oracion salida de su boca, disipe y extinga estas miserias y dolores. En adelante, cuando la veamos salir de su humilde vivienda, movida por la devocion ó la caridad, no será solamente para hacer brillar su propia piedad, sino tambien muchas veces la poderosa misericordia que el Señor se complace en delegar en manos de sus escogidos; y los nuevos beneficios que de esta suerte sembrará en su camino, conservados en la memoria del pueblo cristiano con interesantes y preciosos pormenores, serán para nosotros el último y mas esplendente testimonio de su santidad y heroicas virtudes.

No se pasaba dia sin que hiciera Isabel